

# EDUCAR EN EL FEMINISMO

Iria Marañón



Cómo formar personas libres, seguras de sí mismas y respetuosas sin importar su sexo

¿Sabías que las niñas a partir de los 6 años se sienten menos inteligentes que los niños? ¿Y que los chicos subestiman las capacidades de sus compañeras en la universidad? La culpa es de los estereotipos: los juegos y referentes culturales que entrenan a las niñas y niños sobre cómo tienen que comportarse, expresarse y relacionarse. Colores rosas, muñecas, cocinitas y princesas. Colores azules, barcos piratas, fútbol y superhéroes. Proponemos dos escenarios distintos con perversas consecuencias: las niñas deberán ser sumisas, tranquilas y obedientes, y los niños no podrán llorar y ser sensibles, deberán ser fuertes y valientes. ¿No sería mejor que fueran libres para sentir, expresarse y actuar? Necesitamos niñas y niños con conciencia y compromiso, que defiendan en público la igualdad. Que tengan capacidad de pensar más allá de lo convencional y no se dejen influir por los modelos que a menudo se muestran en la televisión, el cine, la literatura, las redes sociales... Para construir una sociedad justa e igualitaria, nuestras criaturas tienen que ser poderosas, justas, solidarias y felices. Para todo esto, es necesario educar en el feminismo.

## Índice de contenido

### Cubierta

### Educación en el feminismo

#### Parte I. Feminismo, sí, gracias

##### 1. ¿Y si eres feminista y no lo sabes?

Qué es el feminismo

Nuestras predecesoras

Feminismo. La palabra maldita

El patriarcado, el machismo, el sexismo y la misoginia

Mujeres sexistas y sororidad

La sociedad feminista

##### 2. Princesas que se rebelan y príncipes que salen rana

Por qué es tan importante educar en el feminismo

Estereotipos de género

Juguetes y juegos

Referencias culturales

Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas (STEM)

Las niñas se sienten menos inteligentes que los niños

Infrarrepresentación e invisibilización

Cómo ocupan los varones el espacio

Injusticias que se cometen hacia las niñas y las mujeres en el mundo

Injusticias que se cometen hacia las niñas y las mujeres en España

Empleabilidad y brecha salarial

Techo de cristal

Trabajo invisible en el hogar

Feminización de la pobreza

Agresiones sexuales

Violencia obstétrica

Violencia machista

La libertad de elección

#### Parte II. Coeducación

##### 3. Ni las niñas son de Venus ni los niños de Marte

Educación en igualdad

Cómo ser niña o niño

Feminidades y masculinidades

Educación en la igualdad de género. Coeducación

Educación en la diversidad

Tus criaturas seguirán tu ejemplo en lugar de tu consejo

Técnicas de negociación

Resolución de conflictos

##### 4. Calladita NO está más guapa

Empoderar a las niñas

Qué sabemos del empoderamiento femenino

Ni sumisas ni serviles ni obedientes

[Identidad](#)

[Buscar la mejor versión de sí misma](#)

[5. Los chicos SÍ lloran y NO tienen que pelear](#)

[Cómo educar a los niños en el feminismo](#)

[Violencia machista](#)

[Enseñemos a los niños cómo ser niños libres](#)

[Neomachismo](#)

### **[Parte III. Relaciones entre chicas y chicos](#)**

[6. Tu cuerpo es un templo, pero no como te lo han contado](#)

[El mito del amor romántico y la sexualidad](#)

[El mito del amor romántico](#)

[Hablemos de sexo](#)

[Cómo se manifiesta la violencia en la adolescencia](#)

**[Colofón](#)**

**[Agradecimientos](#)**

**[Sobre la autora](#)**

**[Notas](#)**

A mi madre, que me educó para ser feminista y  
para ser libre. Y, gracias a ella, soy feliz.

A mis hijas, a las que educo para que sean  
feministas, libres y felices.

# PARTE I. | FEMINISMO, SÍ, GRACIAS

1.

## ¿Y si eres feminista y no lo sabes?

### Qué es el feminismo

Nunca he sido capaz de averiguar qué es exactamente el feminismo: lo único que sé es que la gente me llama feminista siempre que expreso sentimientos que me diferencian de un felpudo.

REBECCA WEST

Si tienes este libro en tus manos, es posible que ya sepas de qué va el feminismo o sientas curiosidad por saber un poco más para trabajarlo con tus criaturas. Puede que seas una feminista comprometida, un aliado o alguien ha pensado que puedes llegar a serlo y dejar un legado de justicia social e igualdad a las futuras generaciones. En cualquier caso, tienes que saber que, una vez que te has puesto las gafas violetas, verás el mundo a través de un filtro feminista para siempre. Y a la hora de educar a nuestras criaturas, verás lo necesarias que son esas gafas.

Aunque ella no lo sabía entonces, mi madre me educó en el feminismo. Crecí en una familia burguesa de Madrid a finales del siglo XX, un entorno muy diferente al que tenían las primeras sufragistas, me temo: mi padre era empresario y mi madre no trabajaba fuera del ámbito doméstico. Podría decir que ella trabajaba en casa llevando el peso de las tareas del hogar y el cuidado de sus cuatro hijos, pero la verdad es que siempre hubo personas que se ocupaban de

ese tipo de cosas. Lo que sí hizo fue responsabilizarse íntegramente de nuestra educación y bienestar. Era una mujer excepcional, cariñosa, irónica, honesta, inteligente y de mentalidad bastante abierta para haber tenido una educación y un entorno absolutamente conservadores; sin embargo, una víctima consciente del patriarcado, que no se cansaba de decirme: «Para ser libre no puedes depender nunca de un hombre, tienes que ser económicamente independiente». Ese fue mi primer contacto con el feminismo. Me animó a que me sacara el carnet de conducir y condujera, a que estudiara lo que yo quisiera, a que luchara por mis ambiciones personales y profesionales y a que no entregara mi vida en exclusiva a una familia. Ella cofundó una asociación de mujeres en las artes para visibilizarlas en un sector tan masculino: «¿sabes las pocas pintoras y escultoras que han pasado a la historia del arte? A muchas les han robado sus trabajos los hombres y otras han sido ninguneadas». Con todas sus actitudes y actos, me abrió la ventana a la reivindicación feminista.

Te reto a que hagas una prueba. Di que eres feminista (o aliado del feminismo, si eres hombre) en cualquier entorno social y, en el mejor de los casos, tendrás que soportar alguna cara de desaprobación. Si se sienten con confianza, te dirán que eres *radical*. *Feminismo* es una palabra que incomoda, que muchas mujeres con conciencia, justicia social y actitudes feministas se niegan a mencionar, incluso. Tenemos tan interiorizado el sometimiento que nosotras mismas somos censoras y boicoteadoras de nuestra propia lucha. Me temo que este es uno de los muchos triunfos del patriarcado: las mujeres que, siendo feministas (porque creen en la igualdad y la justicia social), se niegan a admitirlo están restando valor a una lucha que, durante tantos años, gestaron nuestras predecesoras.

Algunas personas te dirán frases como esta: «Los extremos no son buenos, ni machismo ni feminismo: igualdad». Por supuesto que las feministas no queremos discriminar a



los varones (para eso harían falta siglos de sometimiento y el ejercicio de la violencia sobre ellos de forma sistemática), pero esas personas no saben lo que significa la palabra *feminismo*.

Según la definición de la Real Academia Española, el feminismo es «la ideología que defiende que las mujeres deben tener los mismos derechos que los hombres» (sic). Aunque, como dice Nuria Varela<sup>[1]</sup>, han pasado tres siglos y los académicos todavía no saben de qué va el feminismo: la doctrina feminista se ha construido para establecer que las mujeres son demandantes de su propia vida; por lo tanto, ni el hombre es el modelo al que equipararse ni es el neutro que se puede usar como sinónimo de persona. En el movimiento feminista las mujeres tomamos conciencia de la opresión y la explotación que recibimos por parte de los varones y reivindicamos nuestra libertad y nuestros derechos.

Es posible que otras personas no se sientan representadas cuando escuchan o leen las opiniones de diferentes feministas sobre temas controvertidos, y que piensen que no van con ellas. Es bastante normal, porque hay muchos feminismos y no todos son iguales, ni todos defienden los mismos derechos de la misma manera ni visibilizan las mismas injusticias. Es cierto que las feministas queremos justicia y libertad para las mujeres, pero para unas y otras varía la forma de organizar esa justicia y esa libertad, por lo que también es feminismo ese que se ajusta a tus propios valores, siempre que busque la justicia y la libertad de las mujeres.

También hay mujeres que dicen no haber sentido nunca la opresión del patriarcado. A ellas hay que recordarles una frase de Rosa de Luxemburgo que dice lo siguiente: «Quien no se mueve no escucha el ruido de sus cadenas». Seguramente, estas mujeres están acomodadas en el patriarcado y nunca han sentido la necesidad de salir de él, por lo que ni sienten las cadenas ni les molestan (no perci-

ben la opresión). Tampoco son conscientes de las desigualdades ni de las injusticias, de que los puestos de poder y toma de decisiones están en manos de los hombres y de que estos organizan las leyes, la economía y la sociedad para beneficiar al hombre blanco heterosexual.

Las mujeres estamos sometidas a la violencia simbólica<sup>[2]</sup>, aquella que se ejerce de forma subrepticia, invisible, sin que el oprimido sea apenas consciente de ella. Las sometidas consideran que su lugar en el mundo es el que es, y ni siquiera son conscientes de las desigualdades ni se plantean levantarse contra el opresor. Con la excusa de mantener el orden social se perpetúa este tipo de violencia: ¿por qué el lenguaje se construye siempre en masculino genérico, y muchas mujeres lo consideran perfectamente normal?, ¿por qué las mujeres se cosifican y se muestran como objetos sexuales en la publicidad? Y lo más importante, ¿cómo es que no salimos a la calle y hacemos una revolución ante tantas desigualdades? Porque la sociedad no ve las injusticias e incluso ha sido capaz de normalizarlas.

Por este motivo, lo primero que tenemos que enseñarles a nuestras criaturas es que el machismo existe y se manifiesta de muchas formas, a veces de forma imperceptible. Deben tenerlo presente para poder detectarlo y combatirlo. Tenemos que hablarles del feminismo, y de que es la única manera que existe para combatir el machismo.

Nada más nacer con el sexo femenino, el patriarcado nos pone un corsé. Incluso en los países occidentales, donde las mujeres creemos que hemos avanzado con algunas leyes que nos equiparan, este corsé nos impide llegar a puestos de responsabilidad, poder y, además, nos somete a la voluntad masculina y a importantes desigualdades sociales. En el momento en el que las mujeres oprimidas tomamos conciencia de nuestro estado y reclamamos la igualdad de derechos, nace la conciencia feminista.

El feminismo exige eliminar la opresión del patriarcado, los estereotipos sexistas, las agresiones sexuales, la violencia sobre las mujeres y la visión androcéntrica de la sociedad. ¿Todavía crees que hemos alcanzado la igualdad? Ahí reside el gran éxito del machismo, en normalizar todas las desigualdades y hacernos creer que las personas somos iguales. Vamos a usar el paralelismo con las personas de ojos azules: si al nacer las marcaran con pendientes, si tuvieran un 23 % menos de sueldo en el mismo puesto de trabajo, si históricamente el resto de personas les hubieran usurpado su espacio, silenciado sus éxitos, si supiéramos que se las deja hablar menos, dar menos su opinión, si su opinión valiera menos que la del resto de las personas y si en los últimos años se hubiera asesinado a más de 800 miembros de la comunidad de ojos azules en nuestro país, pensaríamos que tenemos un grave problema, ¿verdad? Pues este es el grave problema social que tenemos realmente: el machismo.

Simone de Beauvoir<sup>[3]</sup> dice que no se nace mujer, se llega a serlo a través de construcciones sociales. Igualmente, Ana de Miguel<sup>[4]</sup> dice que en el momento en el que nacemos construyen nuestro género con elementos externos. Cuando nace un bebé, la decisión de ponerle pendientes o no se toma en función de si es una niña o un niño. A las niñas se les agujerean las orejas y se les pone un faldón rosa, y a los niños se les ponen patucos azules. Este es el comienzo: los elementos externos de construcción de género van a conformar la manera de ser una niña o un niño, algo que, a la larga, va a perjudicar a las niñas y a las mujeres con desigualdades sociales evidentes. Marcar a una niña con pendientes es más que un símbolo: le estás diciendo cómo tiene que ser una niña, estás construyendo su género (cómo tiene que comportarse, cómo tiene que actuar y vestirse). Eso construye estereotipos sexistas, y esos estereotipos le asignan, entre otros, un rol sumiso y débil, la asunción de que es menos inteligente que los chicos y más pre-

sumida, la prescripción, por parte de la sociedad, de que para ella son las tareas de cuidado y responsabilidad en el hogar y que el poder y el control son cosa de hombres. También significa que, solo por el hecho de ser mujer, va a tener más posibilidades de control, agresiones, violaciones o incluso muerte por violencia machista.

El feminismo, además, es fundamental para los niños: ellos no son libres para expresarse como quieran, la sociedad les impone cómo tiene que ser su masculinidad y les impide realizarse de forma plena. Les dice que no pueden ser sensibles, ni delicados ni complacientes. Les dice que deben ser valientes, fuertes y responsables del dinero que entra en el hogar. La construcción de cómo tiene que ser un chico debe revisarse, porque ellos también tienen derecho a decidir cómo quieren ser y no ajustarse a los clichés que les presuponen de una manera o de otra.

En vista de lo perjudiciales que son los estereotipos, cuando nacieron mis hijas, no les perforé las orejas pensando que les estaba dando libertad para elegir qué tipo de niña y mujer querían ser. Intenté elegir juguetes neutros y vestirlas con cierta neutralidad. Cuando paseaba por la calle, la gente me decía que qué niño más rico, pero a mí no me importaba en absoluto y me negaba a coartar su libertad desde tan pequeñas..., ilusa de mí, mis hijas tenían la libertad cercenada desde el día en que nacieron, independientemente de lo que yo hubiera hecho. Lo único que quizás les he dado, actuando de esta manera, es poder sobre ellas mismas. Se pueden llevar pendientes y ser feminista, por supuesto, pero ¿no es mejor elegir nosotras qué tipo de mujeres queremos ser? ¿Y no es mejor que los niños decidan también cómo ser hombres?

Estos estereotipos destruyen nuestras capacidades, nuestra autoestima y nuestra forma de concebir el mundo. Los pequeños gestos cotidianos de cada una y cada uno pueden llegar a cambiar el mundo, pero necesitamos una conciencia global para avanzar de verdad. El feminismo rei-

vindica que la construcción social que se tiene del sexo femenino y masculino tiene que cambiar: que para que las mujeres lleguen a puestos de responsabilidad y poder, para que se elimine la violencia machista y para que exista una corresponsabilidad real en el hogar, la sociedad en pleno tiene que asumir la desigualdad y apoyar el feminismo, nosotras como feministas y los hombres como aliados. Y eso debe hacerse desde el momento en el que nacemos.

Esto significa que los varones van a perder muchos privilegios por el camino, que en este momento disfrutan y que son consecuencia directa de esta desigualdad. Veamos, ¿por qué, hasta hace muy poco, era el apellido del padre el que se daba por defecto a las hijas e hijos nacidos dentro de un matrimonio? Con igualdad real, los hombres han perdido ese privilegio. Eso no significa que nosotras quisiéramos una posición superior a la suya y que, a partir de ahora, sea el apellido de la madre el primero, no; queríamos igualdad. Y sí, si alcanzamos la igualdad, ellos van a perder privilegios como este. Pero la sociedad entera va a ganar.

Nuestra desigualdad va desde la brecha salarial hasta los asesinatos machistas: desde que se contabiliza, como dice Nuria Varela<sup>[5]</sup>, en España han sido asesinadas el mismo número de mujeres por violencia machista que personas asesinadas por ETA en toda su historia. Los motivos que llevan a un hombre a asesinar a una mujer se gestan durante su infancia y adolescencia: un niño no nace machista, la sociedad en la que vivimos lo configura como tal.

Un adulto machista no se crea de la noche a la mañana, son muchos años de detalles, a veces inapreciables, los que van formando su mentalidad: asumir que el color rosa es una cosa de chicas es el comienzo de una mentalidad cerrada a los estereotipos de género, y de ahí se pasa a pensar que el sexo femenino no puede jugar con camiones, o al fútbol, porque son más débiles, se asume que las chicas no son buenas en matemáticas, que son menos intelligen-

tes, que tienen capacidades inferiores o diferentes, que son más sumisas, que se ocupan de los cuidados y de la casa, que tienen que ser dóciles, que tienen que ser precavidas con su sexualidad, que tienen que ser coquetas y preocuparse por su aspecto físico, que tienen que ser controladas, piropeadas, enseñadas y deben tener cuidado..., hasta que un día te has convertido en un hombre machista y en una mujer sometida que asume el patriarcado.

Esto nos convierte en un colectivo frágil, que necesita una gran conciencia social para avanzar, para deshacernos de toda la presión heteropatriarcal.

En los institutos de Suecia es lectura obligatoria el libro de Chimamanda Ngozi Adichie titulado *Todos deberíamos ser feministas*. Los países más avanzados son conscientes de que una educación en el feminismo (es decir, en la igualdad) es necesaria para una sociedad mejor.

Este es el momento. De nuevo parece que resurge con fuerza y cada vez se oyen más en los medios las palabras *feminismo* y *empoderamiento femenino*. Sin embargo, el nivel de machismo no disminuye. Sigue sin haber modelos claros a nuestro alrededor de mujeres poderosas en la política, en el entorno económico, en el cultural (escritoras, cineastas, artistas) o en el científico-tecnológico (ingenieras, arquitectas, investigadoras); los hombres siguen sin responsabilizarse y asumir como suyas las tareas del hogar y de los cuidados; los hombres siguen maltratando, violando y asesinando. Ha llegado el momento de empoderar a las niñas para que sean libres feministas y coeducar a los niños para convertirlos en aliados del feminismo. La educación que les damos a nuestras criaturas ahora no puede olvidarse del feminismo, que es la base para una sociedad realmente justa.

### *Nuestras predecesoras*

El movimiento feminista comenzó cuando las mujeres fueron conscientes de las injusticias que se cometían contra

ellas solo por el hecho de ser mujeres, y se rebelaron contra esa opresión. Antropológicamente no está demostrado que, antes del Neolítico, los roles estuvieran tan estereotipados como se piensa: ni la mujer se quedaba siempre en la cueva criando la descendencia ni el hombre era el que salía a cazar. Según muchos estudiosos del tema, esta es una construcción de clichés relativamente reciente de la sociedad, que está directamente influenciada por la concepción actual de la familia, las jerarquías de poder actuales y por el peso del pensamiento judeocristiano.

Siempre ha habido mujeres que han roto con los estereotipos, que han destacado a lo largo de la historia, y muchas de ellas lucharon de alguna manera por sus derechos igualitarios: en el siglo III a. C., Hiparquía de Maronea fue una de las primeras mujeres filósofas: en lugar de tejer y dedicarse a las tareas domésticas, se dedicó al estudio y la filosofía, enfrentándose a la incompreensión de la sociedad. Hipatia de Alejandría, que fue una importante astrónoma, matemática y filósofa del siglo IV, fue la primera en evidenciar el movimiento elíptico de la Tierra alrededor del Sol, en contra de lo que decía Ptolomeo.

Ana de Miguel<sup>[6]</sup> cuenta que Guillermine de Bohemia creó una iglesia a finales del siglo XIII dirigida solo para mujeres y basada en la premisa de que la redención de Cristo no había alcanzado a la mujer y que Eva no había sido salvada. A ella acudían mujeres del pueblo, burguesas y aristócratas.

Pero la que ha pasado a la historia como una de las iniciadoras del pensamiento feminista es Mary Wollstonecraft. Cuenta Rosa Cobo Bedia<sup>[7]</sup> que esta pensadora inglesa creció en un hogar con un padre violento y alcohólico con escasos recursos económicos. No fue instruida como el resto de las niñas de la época, porque apenas fue educada en general, lo que hizo que tuviera una visión mucho más completa de la situación en la que vivían las pequeñas da-